

EL "CAMPO LITERARIO SALTEÑO" PASADO Y PRESENTE

Dávalos, Castilla, Aróz Anzoátegui, Adet, Ragen, Aparicio, Leonardi Herrán y Grupos
(Retorno, Vocación, Hoja de Poesía)¹

Lic. Elisa Moyano

Carrera de Letras

UNSa

Directora de trabajo Nº 422

CIUNSa.

La estructura de la sociedad, hecha de tensiones y pugnas por el poder, fue investigada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu. Según él, ahí donde hubiere facciones que miden fuerzas por el reconocimiento existe un campo social. Así, el campo teórico, el científico, el literario y la universidad estarían en el interior del campo intelectual como partículas cuyos grupos compiten para la obtención del reconocimiento.

Intentar un análisis del campo literario salteño actual, nos condujo a ver si era posible aún hoy distinguir tan claramente sus hegemonías y marginalidades, como en un pasado no distante. Para responder hicimos un corte temporal en el comienzo de la década de los ochenta, en el que se producen algunos textos que todavía significan un "reconocimiento" del absoluto liderazgo que por más de cuarenta años tuvo don Juan Carlos Dávalos, en el campo que nos ocupa. A partir de esa fecha, se plantea una especie de "ruptura con la tradición", de pérdida de la memoria que tiene, entre una de sus causas, la juventud de los que se encuentran produciendo que no han conocido a Dávalos y, entre sus consecuencias la proliferación de estéticas diversas, polifonía de voces que nos hacen pensar en la imposibilidad de rotular a estos escritores con una etiqueta que les quepa a todos, en oposición al común intento de mostrar lo regional que tuvieron casi todos los anteriores y que les valió el apelativo de "regionalistas".

En un trabajo más abarcador, "La escritura de los ochenta como espacio de hibridación y entrecruzamiento discursivo", aprobado con el Nº 422 por el CIUNSa., hemos focalizado el campo literario salteño como uno de los modos posibles de ingresar al estudio de los textos concretos, como según Bourdieu "a las diferentes posiciones en el campo de producción... corresponden las posiciones tomadas en el espacio de las modas de expresión,... de los temas y, muy evidentemente, toda suerte de índices formales más sutiles que el análisis literario tradicional ha señalado desde hace mucho tiempo."

¹ El presente trabajo fue leído en el VII Congreso Nacional de Literatura Argentina organizado por el Departamento de letras de la Facultad de humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste (Chaco) en 1995

(Bourdieu, 1988: 149). Este último análisis será realizado aquí muy superficialmente, por falta de espacio.

Si bien esta ponencia quiere centrarse en el campo literario de Salta de la década de los `80, se hace imposible estudiarlo sin la comparación con lo ocurrido en las décadas anteriores.

Una consulta bibliográfica extensa nos ha permitido formular la siguiente hipótesis: el campo literario se pareció hasta la década del sesenta a una familia, en la que la disputa entre “hermanos” sucedían con el sólo objeto de llamar la atención de ese gran patriarca de las letras que fue don Juan Carlos Dávalos. Contemporáneo y amigo de Manuel Gálvez y de Ricardo Güiraldes, compartió con ellos el regionalismo vigente en Argentina e Hispanoamérica, en las primeras décadas de este siglo. La impronta que su propia vida dejara en las generaciones subsiguientes es tan grande como la impronta de su obra y ha merecido no sólo apuntes biográficos esparcidos en prólogos, ponencias y poemas; sino también verdaderas biografías como la escrita por Roberto García Pinto (García Pinto, 1976: 121) que intenta explicar el ingreso de Dávalos al campo de la literatura, a través de los antecedentes familiares. Hijo y nieto de abogados, su padre había intentado la escritura literaria, llegando a publicar poemas en los periódicos. La bohemia a la que se dedicó en la Capital Federal, impidió a Juan Carlos Dávalos lograr el título universitario, pero le otorgó la base de lecturas necesaria para lanzarse a un reconocimiento social (que su padre y su abuelo habían logrado a través de la política y la jurisprudencia), obtenido a través de los textos literarios. Invierte (Bourdieu habla de inversión en relación al gasto que realiza el actor social para su ingreso a un campo determinado, la inversión se opondría a la vocación) los años de su infancia y adolescencia en devorar la biblioteca familiar y los de su juventud en la lectura libre. Esta inversión le permite una antigüedad en el juego que lo coloca en el lugar central dentro del campo literario salteño, desde la publicación de su primer libro en 1914 hasta su muerte ocurrida en 1959. Xavier Abril lo llamó, en este sentido, “el gran cacique” (Adet, 1981: 16).

En la década del `40, el grupo “La Carpa”, se presenta como una corriente innovadora dentro de la lírica salteña. Curiosamente, en la polémica entre los nuevos (Manuel Castilla, Raúl Aráoz Anzoátegui) y los viejos (Díaz Villalba, Luzzatto, José María Mirau, Arturo Peñalba y Carlos Mario Barbarán Alvarado), tercia Don Juan Carlos Dávalos y “la sangre... no llega al río”. (Adet, 1981: 19). Dávalos sigue, no obstante, siendo la gigantesca roca contra la que se estrella el manifiesto de ‘La Carpa’ y su ‘tenemos conciencia de que en esta parte del país la poesía comienza con nosotros’, lanzado en reto de negación al rostro del viejo poeta, que recibió la andanada con filosófica pachorra en su sillón. (Adet, 1981: 19). Rebeldía adolescente que fue comprendida y perdonada por “Don Sanca”, al punto que años después no vacila en transferir parte de su “capital simbólico” a estos poetas realizando textos como el que realiza para prólogo del libro *Copajira* de Manuel J. Castilla:

DITIRAMBO A MI AMISTOSO A MI BUEN AMIGO

EL POETA
MANUEL J. CASTILLA

Canturrea el alfarero
que escapó a una metopa
de barbas y sin sombrero,
tararira, tararira,
y dice al tornear su copa:
Copa, gira! Copajira!

A ratos tira la lira,
en la bacanal se entropa,
y levantando su copa
danza en círculos y mira
cómo se encoge y se estira
su musical Copajira.

Su noble musa se inspira
no en antiguallas de Europa
ni en las ruinas de Palmira,
sino en la mísera tropa
hermana de Juan sin ropa
que en el bátrato suspira
y con su lengua de estopa
no puede en lírica copa
brindar por la Copajira.

Poeta:

Vaya tu nombre en espira
y tu nao viento en popa.
Alcemos, vates, la copa,
y le demos a la lira,
cantando a la Copajira.

JUAN CARLOS DÁVALOS
Salta, Setiembre 8 de 1949 (Castilla 1984: 132)

El uso de palabras prestigiosas (metopa, báratro, nao, vate), herencia del modernismo, hace que el ditrambo suene algo arcaico a esa altura del siglo XX. Por otro lado, la ideología que lo atraviesa desvaloriza abiertamente al grupo que Castilla intenta revalorizar en su poemario: los mineros bolivianos de Oruro y Potosí, pues los considera seres infernales, incapaces de hablar de su propia realidad. Pero las diferencias estéticas e ideológicas quedaban atenuadas por el matiz humorístico de ditrambo y por el elogio implícito en los últimos versos que implicaban el “reconocimiento” del joven poeta.

Años después Manuel, ya poseedor de su propio “capital simbólico”, devuelve el bello gesto, en el libro *Norte.Adentro* (1650-1953).

JUAN CARLOS DÁVALOS

Porque la tierra viva se le quedó en las manos
como una húmeda sombra enamorada,
yo digo que la tierra lo nombra en la semilla
desde su ciega y pura construcción subterránea.

Yo deseando las huellas de los dioses terrestres
que por sus versos andan como desmemoriados,
y por la magia quieta de su arcilla
comprendo la profunda columna de su canto.

No glosó lo que ha escrito, pero sí lo que ha amado
y lo que sigue amando su alegría,
desde el bombo que cava su barro en la baguala
hasta el vino que moja su raíz en la vida.

.....

Porque quien ha vivido fervorosamente
y probó de la leche del Cantar de los Cantares,
puede vivir su vino solitario
y sentir que en sus venas se le añeja la sangre.

Sólo quien con los ojos de un toro degollado
agonizó callado en el crepúsculo,
puede tomar las vides con sus manos antiguas
y repartir la gracia serena de los frutos.

Por eso nombro todo lo que tiene su huella
y que por eso mismo perdura todavía:

lo que la coca vela mientras vagan los muertos
borrándose en desnuda despedida.

Lo que en el loro es verde llamarada del día
y en el musgo dormida primavera del agua;
lo que en los carnavales de la aloja
como una copla de luz dormida se derrama.

Lo que en el tarco tiene ensimismado el lila,
lo que el lapacho rosa desenrosca,
para que así en la boca de la tierra de Salta,
madure con gajo de canto su memoria.

(Castilla, 1986: 66)

El mundo del hombre como un texto que puede ser leído y releído en una continuidad mnemónica, permite la continuidad entre esas dos generaciones: la de Dávalos, la de Castilla.

En un género absolutamente diferente, la ponencia, otro de los integrantes de “La Carpa”, Raúl Aráoz Anzoátegui, rinde en 1978, en el transcurso del **Simposio de Literatura Regional**, un homenaje póstumo al patriarca de las letras salteñas.

Pues antes que nada, mi propósito es dejar testimonio **fidedigno** del Juan Carlos Dávalos que he conocido y a quien más que un consejo bueno o malo, le debo la honra de haber sido **admitido** en el amplio círculo de su amistad y afecto (Aráoz Anzoátegui, 1980: 205)

Las palabras “fidedigno” y “admitido” fueron remarcadas para mostrar con ellas dos cuestiones: todo aquel que intenta una biografía quiere fundamentalmente presentarse a sí mismo como alguien veraz y fidedigno, pues desea no sólo que las generaciones venideras puedan creer que haya existido alguien tan admirable, que el que enuncia ha tenido un contacto directo con ese portento y que ha sido “admitido” en sus “inverosímiles reuniones” (Aráoz Anzoátegui, 1980: 207).

Juan Carlos Dávalos se ofrecía en toda su estatura, sin menosprecio a todos los auditorios menos iniciados o aparentemente desprevenidos. No sé por qué extraño encanto la obra de arte alcanzaba en su palabra, matizada de repentinas ocurrencias y sesudas observaciones, tanta magia (Ibidem).

Otro esbozo biográfico, tomado también de las *Actas...* del citado **Simposio** y realizado por el músico Juan José Botelli, confirma estas impresiones:

Aunque no hubiese escrito nada, por el hecho de ser como fue, perduraría en la memoria de los que le (sic) conocíamos [...] Había conocido en él a un personaje deslumbrante y atendía a sus lecturas [...] El estudio de don Juan Carlos Dávalos era por entonces un motivo de gran admiración para mí. Estaba forrado de arpillera, con extraordinario buen gusto y originalidad; había toda clase de retratos, fotografías de intelectuales ilustres... Toda la casa estaba llena de originalidad y buen humor y hasta cuando él renegaba parecía hacerlo un tanto teatralmente para no renegar en serio. (Botelli, 1980: 213, 214, 216).

El aura del genio flota en el retrato, el aura de los que hicieron de su vida un texto que merece ser narrado por los hombres que lo conocieron. Pero el dato importante que nos acerca esta biografía es su ubicación en relación a la clase dominante. Cuenta Botelli que después de largas caminatas en su compañía, el poeta se quedaba, rodeado por otros de su edad, en el club 20 de Febrero, símbolo aún hoy de prestigio social. Por lo que confirma su condición de “dominante-dominado” es la dependencia económica en relación a sus tíos Néstor y Luis Patrón Costas, que ejercieron durante años el mecenazgo a su favor. Dependencia que explica, en cierto modo, el trasfondo ideológico de los versos dedicados a Castilla.

Con afán menos biográfico surgen -ya en los ochenta- homenajes en poetas nacidos posteriormente. Walter Adet, por ejemplo, narra en su libro *Cuatro Siglos de Literatura Salteña (1582-1981)*, el episodio de la muerte de Dávalos:

Con Jacobo Regen acompañamos las últimas horas de vida de Don Juan Carlos Dávalos, triste suceso que quiero ahora recordar.

En esta infausta víspera, 5 de noviembre de 1959, llegamos de visita y estaban con él sus hijos Ramiro y Arturo [...] La tarde caía sobre el patio del añoso caserón. [...]

Nos fuimos todos, con otros amigos, y cuando el teléfono nos avisó del derrame cerebral que lo paralizaba, regresamos a verlo en el patio, de nuevo, pero esta vez con la cabeza caída sobre un brazo, entre los mimbres que entelarañaban su vejez.

Lo levantamos casi en vilo, a duras penas, y desde la cama volvió a pedir el soneto que yo “tenía que leer”. [...]

Se durmió con un soneto en la boca; la poesía no se le cayó de la lengua en ese instante, no buscó el aire externo sino ese otro fuego que se empoza, ese otro aire final, definitivo, que se hunde en los últimos residuos de la vida. [...] (Adet, 1981: 21 y 22).

Jacobo Regen, en el apartado “Otros Poemas”, escritos entre 1981 y 1983, y recogidos en *Poemas Reunidos* se dirige a Baica Dávalos, hijo de Don Juan Carlos muerto en esos días, y reconoce a este último como su propio padre:

A BAICA DÁVALOS

“Quiero que seas mi editor
-dijiste-
con los Cinco relatos de a caballo
recibirás un giro
y un diagrama.
Si sobrara un resto,
guárdalo;
Bébelo a mi memoria.”

Pero nunca llegaron
tus palabras.
¿Alguien,
en el camino,
borró las líneas,
estrujó el papel?

Hijo fui de tu padre
sin renegar del mío.
Y en esta tenebrosa
costumbre de morir a pleno día
te llevo con los dos:
uno me ofrece su nudosa mano
y el otro el arpa cautiva
que el rey David grabó sobre la túnica
de san Juan de la Cruz.

Hoy edito tu muerte
y la promesa
de visitarte alguna vez. (Regen, 1992: 159)

Los dos últimos textos citados, producidos en los comienzos de la década de los ochenta, son algo así como las últimas ondas concéntricas en relación a esa “enorme piedra” arrojada en el lago de las letras salteñas: Don Juan Carlos Dávalos.

A partir de entonces, los centros se multiplican. La mujer cumple un papel protagónico y los hombres del interior buscan el reconocimiento. Curiosamente las dos

personas de mayor “capital simbólico” poseen en la pasada década son una mujer, Teresa Leonardi Herrán, y un hombre nacido en La Quiaca, Carlos Hugo Aparicio, congéneres ambos de Adet y Regen. Todos están incluidos en *Poesía de Salta* (Ovalle, 1979), antología que realiza Hugo Ovalle del grupo que fue considerado la generación del ‘60, heredera de “La Carpa”, aunque puso su mirada en lo urbano. A cargo de los dos primeros están la mayoría de las presentaciones de libros de esos años.

En la década de los ‘80, a pesar del peso de estos “patriarcas”, numerosos grupos intentan el camino de las letras sin padres aparentes. El grupo “Retorno” cuyos integrantes Nancy García, Antonio Gutiérrez, Liliana Bellone y Luis Ferrario, no acuden para realizar sus presentaciones a poetas de las décadas anteriores, sino que, casi invariablemente buscan a María Eugenia Carante, profesora en letras contemporánea de todos y colega de algunos de ellos. El grupo “Vocación” de la ciudad de Orán, que realizó sus presentaciones en la Ciudad de Salta y que evitó últimamente la aquiescencia de los más antiguos. Finalmente, la “Hoja de Poesía” que se presentaba sola en una feria de arte callejera y que sí entró, en algún momento, a los museos para una que otra presentación (las Hojas Aniversario) fue llevada de la mano por contemporáneos y amigos.

Proliferan también en esa década las Revistas Literarias: Logos (Junio del 86), La revista del Noa (Julio del 86), El Pájaro Cultural (1993) y Encuentro Escrito (1993).

También los talleres. Liliana Bellone, Nelly Jara de Díaz y el TA.ES.PO, TALLER DE ESCRITURA POTENCIAL de la UNSa, realizaron algunas publicaciones.

El mundo multipolar provocado por ese estallido donde los centros ni las márgenes están muy claros, en el que todos aquellos grupos que nada podían hacer para ingresar al cenáculo, tomaron lo que no les era dado graciosamente: un lugar en el campo literario salteño, presenta una infinita polifonía que por cuestiones de espacio no analizamos hoy y presenta continuidades y rupturas en relación a las estéticas del pasado. Las fundaciones de estéticas novedosas se inscribirían en la proliferación de significantes, puestos ahí sin significado alguno, estudiados por Julia Kristeva (Kristeva, 1981) como textos trasígnicos y que constituirían -al oponerse a la “representación” que cruza los textos del pasado- la novedad absoluta de la década. Para cerrar va un ejemplo que sirve de contraste con los poemas de Dávalos, Castilla y Regen incluidos en estas páginas:

Efemérides

1

Desaparecieron
sin donar sus pasos
a la tierra.

2

Atadas

al custodio gris
están las lágrimas del rostro limitado.

3

Sostengo
lastimándome los dedos
el relámpago.

que caerá. (Poderti, 1987)

BIBLIOGRAFÍA

Adet, Walter

1981 *Cuatro siglos de literatura salteña 1582-1981. Salta: Ed. del Tobogán.*

Aróz Anzoátegui

1980 "Juan Carlos Dávalos: un testimonio de su obra y su persona" en *Actas Simposio de Literatura Regional. Salta: Secretaría de Estado, de Educación y Cultura.*

Botelli, Juan José

1980 "De mi Amistad con Juan Carlos Dávalos" en *Actas... Ibidem*

Bourdieu, Pierre

1988 *Cosas Dichas. Bs. As.: Gedisa.*

Castilla, Manuel

1984 *Obras Completas. Tomo I. Bs. As.: Corregidor*

1986 *Obras Completas. Tomo II. Bs.As.: Corregidor*

García Pinto, Roberto

1976 *“Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos” en Dávalos, Juan Carlos. El sarcófago verde y otros cuentos. Salta: Fundación Michel Torino.*

Kristeva, Julia

1981 *Semiótica I y II. Madrid: Fundamentos.*

Ovalle, Hugo

1979 *Poesía de Salta. Generación del '60. Salta: Fundación Carmen Rosa Ulivarri de Etchart.*

Poderti, Alicia

1987 *Huellas Imposibles. Salta: Tumparenda Ediciones.*